

Próximo número:

Lo que vale una mujer

Grandiosa película dramática, cuyo argumento cautiva desde el principio; magistral interpretación de la conocida estrella

Ruth Réwiek

Grandioso éxito

Postal-fotografía: **Hoot Gibson**

Sale todos los miércoles

Precio: 25 cts.

¿No le falta á usted ningún número de los 37 que llevamos publicados? ¡No pierda tiempo en adquirirlos!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 37

25 cts.



**DIRECTO
DE PARÍS**

por
Clara Kimball

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17-
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 36

DIRECTO DE PARIS

por la notable y bella actriz americana
CLARA KIMBALL YOUNG

Argumento de la adaptación cinematográfica
de la interesante comedia de SADA COWEN

Concesionarios: Levantische Films
Fontanella, 9 Barcelona

—Oiga usted, mayordomo: ¡póngame en el comedor con las muchachas más guapas de á bordo! Ahi va eso para que cumpla bien el encargo.

—Descuide el señor... Daré luego órdenes al ayudante...

—Bueno; ya veremos las sorpresas que te reserva á ti, Ricardo Van Austen, este viaje de regreso á Nueva York. ¡Ah, mi Paris! Cuando pienso en las alegrías que me proporcionaste durante mi agradable estancia, no sé lo que pasa por mí... ¡Qué Mimis, qué Lulús, qué Margots...!

En estos ó parecidos términos Ricardo Van Austen, un hombre que nunca tenía ocasión de

cansarse de nada... porque jamás perseveró en nada bastante tiempo, elogiaba los atractivos de la ciudad de la elegancia. Hacía pocas horas que había embarcado cuando ya sentía la necesidad de trabar amistad con alguna dama interesante que le hiciera más grato el regreso que siempre, para jóvenes como Ricardo, resultan tristes.

Ricardo pertenecía á una familia noble americana y era el único hijo de una viuda. Como más próximo pariente tenía un tío, hermano de su difunto padre, en cuya lujosa casa y compañía vivían Ricardo y su madre.

Desde que puso los pies en el barco, Ricardo anduvo buscando á la gentil compañera de travesía que le reclamaba su enamoradizo corazón; y después de una lamentable equivocación—tomó á una cincuentona reumática por una niña de dieciocho mayos—vió la que le convenía. Más que la vió hubiéramos podido decir que la adivinó; en efecto, llamaronle la atención unos pies femeninos chiquitines, gracias; fué ascendiendo y contemplando un conjunto de encantos y perfecciones que quitaba el hipo. Al llegar á la cara, Ricardo no pudo esperar por más tiempo el sentirse á su lado y mientras la seguía discretamente y buscaba una oportunidad para hablarla, ocurrió que unos niños que estaban jugando á lanzarse una pelota le mandaron á ella el juguete en el pecho, lo cual le produjo la natural sorpresa y sobresalto. Entonces, Ricardo, cortesmente, se le puso enfrente:

—¿La dañaron los niños?

—No, gracias; afortunadamente los niños no tienen mucha fuerza...

—Sin embargo, á veces, los hay precoces y yo temí...

—No, no, no fué nada, gracias.

—Permitame usted que me presente yo mismo...

La entregó su tarjeta.

—Agradecida.... Permitame usted también que me presente yo misma...

Se quitó el sombrero y le dió á leer el forro.

—¡Esto es original! ¿Es el anuncio de su establecimiento? ¿Es usted modista de sombreros?

—Si, señor; las señoras americanas quieren sus sombreros directamente de París. Por eso he realizado este viaje allí, para comprar modelos.

—Tiene usted mucho espíritu comercial...

—El que me obligan á tener mis clientes... La hay exigentes...

La hora de la comida vino á separarlos. Ricardo pidió á Dios que le hubiese puesto al lado de la simpática modista en la mesa. Mas no fué atendido en su ruego indudablemente por maldito olvido del mayordomo, y quizá también porque fué hecho á Dios después de haber sido señalado el sitio que correspondía á cada pasajero de primera clase. Precisamente porque huía de mujeres viejas y feas es por lo que hubo de tocarle un ejemplar de cada especie y eso durante los seis días de travesía ya que los más elementales principios de la cortesía no le permitirían cambiar de sitio á la segunda comida. Además del disgusto de haberle caído en suerte dos adefesios, Ricardo tuvo que aguantar el suplicio de ver como un caballero daba muestras evidentes de satisfacción al lado de la preciosa modista, con la cual sostenía animada plática.

A bordo de un barco^{***} los flirteos brotan como las malas hierbas...

Ricardo demostró que tenía cátedra de bo-

tánico y Lucette, que así se llamaba ella, no lo puso en duda un solo instante porque Ricardo no la dejaba en paz ni durante tan corto tiempo.

Finalmente hubo de plantearse la cuestión de confianza á la bella majestad porque Ricardo ya no podía seguir en la duda de si gobernaba satisfactoriamente en el corazón de Lucette:

—A su lado, Lucette, me siento enloquecer...

—¡Probablemente sea la influencia de esa luna espléndida que hemos tenido durante cinco noches!

—Cuando la tengo á usted á mi lado, me siento dichoso como nunca lo fui...

—Sabe usted exagerar tanto que me pregunto si es usted sincero siquiera un poco nada más...

—¿Nadie le ha dicho á usted que por su rostro angelical se podía renunciar á todo lo de esta vida? ¿Nadie le ha confesado que jamás concedió la más mínima importancia á la mujer hasta que la vió á usted? Y que la amaban con ansias de ventura sin par, ¿no se lo murmuraron nunca al oído como yo lo estoy haciendo ahora?

—¡Ricardo...! Le ruego no se burle de mí... Me habla usted de un modo...

—Lucette, ¿no me cree usted? Si, usted sabe cuánto la quiero. El primer día que nos conocimos, ya despertó en mí el sentimiento poderoso que me inclina hacia usted, al contacto de su tibio cuerpo cuando aceptó, al marearse, que la acompañara á su camarote.

—Pero, Ricardo, ¡si nos conocemos tan poco! Quizá no sea más que un caprichito de su corazón el que le haya hecho fijarse en mí.

—Eso no, Lucette... Bien lo está usted viendo, y no sé por qué se recrea en prolongar la solución del hecho en que estan en causa nues-

tros seres.

—Los hombres son ustedes muy malos... y yo siempre los evité en mi camino... hasta ahora, ¿á qué negarlo? que le escuché á usted una vez, Ricardo, y me dejé llevar por mis deseos de seguirle *oyendo* enamorarme...

—Entonces, Lucette... eso significa para mí...

—Que me halaga el cariño que dice usted haberle yo hecho sentir; pero...

—Lucette, tranquilícese usted; yo sé que la amo y más convencido estoy de ello porque mi amor, nuestro amor, nació en nuestros pechos á las primeras palabras que mutuamente nos dirigimos. Desde ese momento, yo la busqué siempre... y siempre fácilmente la encontré... Eramos los dos que necesitábamos vernos, para pasar el tiempo charlando, bajo la bella luna maliciosa, á la que, de vez en cuando, cogiéndonos "*distraídamente*" las manos, mirábamos en el cielo... Esta noche ya no he podido callarme todo lo que sentía por usted, y mirando también á la luna, al fin en el cielo de sus ojos, le repito: «La amo, la adoro, es usted mi ideal, mi vida. ¿Quiere concederme el honor de ser mi esposa?»

Impresionada por el fuego de pasión que en las frases de Ricardo latía, Lucette aceptó...

Al día siguiente, el trasatlántico hacía su entrada triunfal en el puerto de Nueva York. Los pasajeros que habían trabado amistad entre sí durante el viaje, cambiaron sus tarjetas. Lucette hizo lo mismo sin exceptuar á Ricardo. Por esta razón, Ricardo le preguntó con extrañeza, si que también muy susceptible:

—¿Por qué da usted á todos, incluso á mí, la dirección de su comercio solamente?

—¿Por qué? Pues... porque en mi casa no estoy casi nunca... Es más probable alcanzarme en mi establecimiento. Ya debe usted saber que quien

tiene un negocio dirigido por sí mismo, continuamente está metido en él. ¡No me negará usted tampoco que es una manera de hacerme yo misma el reclamo de mi tienda!

—Es cierto y reconozco la originalidad de esta propaganda; sin embargo yo creo, Lucette, que debe usted darme su dirección particular sin perjuicio de la de su comercio...

—Venga usted primero á verme á mi tienda, conózcame usted bien á mi, repítame que me quiere, y después sabrá quién es mi familia. Padres, no los hallará usted porque, desgraciadamente, los perdí...

—¿Persiste usted aún en su temor respecto á mí...? En fin, me someteré á sus instrucciones y las seguiré escrupulosamente. Sólo deseo que me quiera usted de verdad, como yo á usted.

—Estamos de perfecto acuerdo...

La razón para el secreto de Lucette consistía en que su tan amado como desacreditado abuelo, fué en mejores tiempos caballero de Francia y hombre que pudo estar orgulloso de sí, hasta el instante en que, enterrando su corazón en el ataúd de su idolatrada mujer, dedicóse á ahogar sus penas en la bebida. Era en efecto desconsolador ver como el alcohólico era blanco de las burlas de los chiquillos del barrio cada vez que regresaba á su casa hecho una verdadera lástima.

El día de la llegada de Lucette, el pobre hombre no había sabido reprimirse en su deplorable vicio, lo cual solía sucederle todos los días, y recogió un perro abandonado en el arroyo que presentó á las aprendizas y oficiales de Lucette diciéndolas que sería su guía cuando los vapores del vino enturbiasen su cabeza y entorpecieran sus piernas. Las aludidas dependientas, al corriente de la fatal des-

gracia del abuelo de su querida directora, sufrían bondadosamente sus impertinencias.

El abuelo vió una canastilla de flores en una mesita del obrador, y leyó la tarjeta que las acompañaba. Decía así:

"Bienvenida sea, querida señorita Lucette."

Entonces, el abuelo pensó, á pesar de su estado, que Lucette estaba por llegar y le sabía mal no haber sido avisado á tiempo de ir á esperarla al muelle.

Para festejar él mismo el regreso de su adorada nieta, el abuelo subió al piso de encima del establecimiento de sombreros, donde vivía con ella, por toda familia, para preparar algo á propósito y de buen gusto.

Entretanto en la tienda, la señora Stewenson, la cual, si las fisonomías de aspecto canino y de empaque vanidoso constituyesen ejecutorias de elegancia, podría ganar la más alta recompensa en un concurso, escogía un sombrero.

La primera oficiala se esforzaba por convencer á dicha señora á quedarse uno de los modelos de sombreros ofrecidos; pero era inútil seguir resolviéndolo todo, porque la orgullosa dama le dijo á aquélla:

—La señorita Lucette desembarca hoy, ¿verdad? Ella es la única que realmente se ha hecho cargo de los sombreros que sientan bien á mi agraciado rostro.

—Si la señora quisiera molestarse en volver más tarde... La señorita Lucette estará de regreso á lo más dentro de dos horas y le podrá enseñar los modelos que ha traído ella misma de París.

—Si... será mejor entenderme directamente con ella...

El vapor había llegado y los pasajeros ya pisaban tierra firme. Desde la aduana,

cada pasajero iba á reunirse con los parientes que habían ido á recibirlo al muelle.

Ricardo vió allí á su tío Juan Van Austen, cuñado de su madre, un verdadero aristócrata; tan verdadero, que constantemente se olvidaba de serlo, en quien él tenía un noble amigo y excelente protector. Ambos congeniaban á la perfección, quizá porque los dos eran jóvenes, toda vez que el tío frisaba en los cuarenta años solamente y Ricardo apenas salíase de los veinticinco.

Lucette, por su parte, despachaba sus modelos de sombreros en la Aduana...

Nadie había ido á esperarla. La más indicada para hacerlo era la encargada del establecimiento; pero á ésta se lo impidió la aglomeración de clientes en aquellos momentos. Además Lucette viajaba á menudo y no consideraba muy necesario molestar á la gente en ir á aguardar, las más de las veces horas enteras, la entrada del barco en el puerto.

Ricardo, así que abrazó á su tío, le notificó, con aire de triunfador:

—Tío... He encontrado ya á la única mujer del mundo...

—¿Cómol... ¿Otra vez la única?

—Esta vez sí, tío... En cuanto la vea usted, me dará la razón...

—¿No será como las anteriores?... Estás tan acostumbrado á andar metido en cuestiones de faldas que, á la fuerza, chico, me resisto á creerte hasta que no te vea completamente chiflado por una mujer...

—Pues lo estoy por Lucette... Mamá promoverá un escándalo cuando se entere que Lucette trabaja; por lo tanto he decidido no decirle nada hasta después de que ellas se traten.

Razón tenía Ricardo de temer á su madre en lo que hacía referencia á su consentimiento á

que él y Lucette tuvieran relaciones con vistas á un próximo matrimonio, pues la señora viuda de Van Austen, herméticamente encerrada en la fiereza del linaje de la familia de su esposo, era seguro que así que considerara que Lucette era una modesta comerciante que había de trabajar para vivir, la acogería como un peine un calvo. Sin embargo, después, según opinión de Ricardo, Lucette, que no había de envidiar á nadie *elegancia ni distinción*, cautivaría por su simpatía á su madre.

Lucette, al fin libre de la inspección aduanera, salió á la calle en donde suponía que le estaba esperando Ricardo. Este, que vigilaba, la rogó se acercara para presentarla á su tío.

—Tío Juan... te presento á la señorita Lucette, *de la que te hablé, de la que estoy enamorado*, como te dije, y á la que ya di el anillo de compromiso... para casarme con ella á la mayor brevedad posible... si tú no te opones.

—He tenido el alto honor y sincera satisfacción de conocer á usted, señorita Lucette.

—El gusto ha sido mío, caballero...

—Tío, me gustaría que la llamas Lucette solamente....

—En efecto, sería una prueba de amistad que me halagaría mucho.

—A la que yo me presto agradecido, señorita...

La impresión que produjo Lucette en el tío de Ricardo fué más que buena, excelente. Si en verdad su sobrino no se engañaba á sí mismo creyendo que la quería hasta el punto de casarse con ella, no podía por menos que felicitarle por el buen gusto en la elección.

El abuelo, entretanto, había terminado ya el adorno del pisito, y se recreaba infantilmente en la contemplación de su obra de arte, propia de un genio de eminente artista, que consistía

en una dedicatoria confeccionada con flores cosidas á un trozo de tela negra, que decía:

"*Bienvenida sea Lucette*".

Y el bueno del anciano se tranquilizaba respecto del "hurto" que había hecho á escondidas de las empleadas de su nieta:

—¡Lucette me perdonará que yo le haya robado las flores cuando contemple esta maravillosa obra de arte!

Lucette y Ricardo se despidieron, quedando en volver á verse lo más á menudo posible cada día; y aunque la circunstancia de que dos corazones latan al unisono no es razón para cambiar las maletas, las de Ricardo y Lucette se cambiaron. La distracción no era de extrañar y fácil de incurrir en ella, toda vez que Ricardo, por galantería, había llevado á mano, además de la suya, la maleta de Lucette hasta el auto que ésta tomó para regresar á su casa. El trueque involuntario pasóles desapercibido.

Lucette llegó á su casa, donde era aguardada con cariñosa ansiedad. Las dos encargadas la dieron la bienvenida en nombre de todas las modistas las cuales, curioseando por los cristales, comentaban como había vuelto la cariñosa dueña. Para todas ellas había traído algo Lucette de París: polvos, jabón de tocador, etc.

La primera encargada, apercibiéndose de la novedad habida en los dedos de la mano izquierda de Lucette, se sonrió sorprendida, y maliciosamente la dijo:

—De paso ha traído usted también muy significativos presentes...

—¡Ah!... Iba á decirlo... Al fin me cazaron...

—O usted le cazó á él...

—¡Os advierto que yo soy la única mujer á quien él ha amado! Tal creencia es la que me

ha inducido á que yo acepte sus relaciones.

—¡Cuánto lo celebramos, señorita! ¡Qué buena noticia acaba usted de darnos! Desde luego, deseamos que sea usted lo más feliz que una pueda ser.

Por su parte, Ricardo, de regreso á su hogar, hablaba con su madre, en presencia de tío Juan que siempre le infundía valor:

—Pues sí, mamá... He traído una gratísima sorpresa para ti... una futura nuera buena, inteligente y distinguida como tú

—¿Una nuera?... ¿Quién es ella?

—Ahora la verás... tengo su fotografía... Permíteme que abra la maleta... ¿Qué? ¡Vaya!... ¡Caramba!

—¿Qué te pasa?... ¿Qué escondiste ahí?

—Nada mío, mamá; esta no es mi maleta... es la de Lucette, la nuera que te traje...

—¿Y esta camisa es suya?

—No lo sé, mamá; en todo caso, mía no.

—¿Esta camisa de atrevida fantasía, se la pone esa mujer?

—A mí que me cuentas, mamá. Pero, ¿eso qué tendría de particular?

—¿No comprendes lo que quiero decirte? ¿Y dices que se parece á mí? Lamento, hijo mío, que me molestes con odiosas comparaciones.

—¿Por qué, mamá?

—Hijo mío, no puede ser una señora decente y usar estas pecaminosas transparencias.

—Por Dios, mamá, no le des importancia á una cosa tan insignificante, tan íntima... A ti no te gustan quizá estas prendas finísimas, pero eso no quita que sigas la última moda en los vestidos de calle, teatro y de salón. Todo es cuestión de gustos. En mi opinión, si yo fuese mujer, me parece que daría la preferencia á las suaves ropas en contacto con la piel. ¿Acaso la mujer delicada y suave, no merece que

su cuerpo esté envuelto en seda?

—No me convenciste con tus halagos... á mi no me parece bien...

—No discutais más, mujer, por una tontería como ésta. ¿No has invitado á los Stewenson para cenar mañana noche? ¿Por qué no invitas también á la señorita Lucette... y juzgarla por tu propio criterio?

—Tiene razón tío Juan, mamá.

—Es cierto; una buena idea. Precisamente la señora Stewenson sabe apreciar á las personas desde un primer encuentro.

Lucette acababa de darse cuenta del cambio de maleta. Como instintivamente la había abierto, al igual que Ricardo la suya, pues ambas no estaban cerradas con llave, desde que salieron de la aduana, Lucette vió una fotografía entre la ropa y supuso que era la suya; pero no lo era. En la amplia cartulina aparecía una joven de rostro agraciado. La duda acerca de la nobleza de Ricardo fué rápida en apoderarse del espíritu de Lucette. Como golpes de martillo sonaban en su cabeza estas palabras: ¿Quiere á otra? ¿Quién será? ¿Me engaño?

Impelida por el recuerdo de que su abuelo la debía estar esperando Lucette subió al piso. Aquél se puso más alegre que un niño cuando su nieta se le abrazó al cuello.

—Te esperaba con vivos deseos de verte y tenerte á mi lado, Lucette querida... Durante tu ausencia me divertí con los niños... y con mi violín. ¿Te acuerdas de aquellas sonatas que os gustaban tanto á tí y á tu pobre madre? ¡Ah, pues aun á pesar de que me tiemblan las manos, domino el arco!

—Yo también ansiaba estar contigo, abuelito. Te he traído unos regalos de París.

—Yo también quise regalarte algo. Mira: ¡No

podrás decir que no tiene gusto artístico tu abuelito!

—Te felicito... aunque me hayas estropeado las flores... Es de un efecto precioso.

—¿Verdad que sí?

La señora Stewenson conforme quedó convenido algunas horas antes, con la encargada del establecimiento de Lucette, volvió á que le enseñasen los últimos modelos.

—¿Ha regresado ya la señorita Lucette?

—Sí, señora; pero se está aseando un poco en el piso.

—Puede usted enseñarme los mejores sombreros que tenga procurando escoger los modelos más á propósito para mi tipo...

—¿Le gusta á usted éste?... ¿Y éste?... ó este otro... Sin embargo no hay mejor en calidad en el dernier cri... ¿Quiere usted probarse éste, que es elegantísimo?

—No, no me chocan. Serán lo que usted quiera; pero, ¿cree usted que la señorita Lucette se atrevería á venderme un sombrero confeccionado en el país? ¡Llévese ese modelo y dígame que haga el favor de atenderme ella misma.

Mientras la encargada, enojada con sobrada razón contra la despótica dama, iba á enterar de la pretensión de ésta á Lucette, Ricardo llegaba frente á su establecimiento llevando la maleta de Lucette para devolvérsela contra la suya y, ¡Santo Dios, qué gracia le hizo! encontró á Doria Charming, hasta entonces su novia, muchacha joven, pero experta, que no tragaba fácilmente los cuentos tártaros de los hombres.

—¡Hola fresco! ¡Crei que te habías muerto!

—No, queridita; no te avisé mi llegada porque pensaba proporcionarte una grata sorpresa.

—Si, si...

—Aquí me tienes convertido en un humilde mandadero de mi madre.

—Ya, ya...

—Temo que me será imposible verte por las noches en una semana por lo menos. Esta noche tengo una lección de boxeo... Mañana por la noche tengo una lección de esgrima. Pasado mañana una lección de...

—¡Una lección de vergüenza es lo que necesitas con más urgencia, grandísimo frescol!

—Bueno, adios, ya nos veremos.

—Debo advertirte una cosa para tu gobierno... ¡Si tratas de jugarme la partida de abandonar-me, la que yo te haga va á ser sonada!

Puesta al corriente de los deseos de la aristócrata cliente, Lucette halló fácil solución, para complacerla engañándola con ingenio, cambiando el forro de un sombrero nacional por el de un sombrero parisense, resultando el mismo perro ofrecido antes, pero con diferente collar.

La señora Stewenson, lista como ella sola, tomó el sombrero como siendo *directo de París*.

Ricardo entró en la tienda sin ser visto por la señora Stewenson, que era la mejor amiga de su madre.

Lucette le hizo pasar á un saloncito particular. Con muestras de enfado, Lucette le dijo:

—Por pura casualidad descubrí hace poco algo que le ruego me explique en seguida... ¿De quién es esta fotografía?

Milagro fué que Ricardo no se descubriera por la turbación que le produjo la vista del retrato de la enérgica y amenazadora Doria, con la cual, precisamente venía de hablar en la calle. Con rapidez que no dió lugar á sospecha alguna, repuso:

—El retrato nada tiene que ver conmigo. Es de mi tío Juan y lo llevé á París por su encar-

go para que le pusieran un marco elegante.

—¡Ah!... Siendo así...

—Puede usted suponer que yo...

—¿No lo encuentra usted natural...?

—Sí, Lucette, y se lo agradezco... He de darle una buena noticia: mi madre la invita á cenar con nosotros mañana. ¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar?

—No podría negarme á la distinción que se me hace.



—¿De quién es esta fotografía?...

—Vendré á buscarla con mi auto.

—Hasta mañana, pues.

—¿Se va convenciendo usted de cuánto la amo?

—Ya sabe usted, Ricardo, que deseo lo logre usted por completo.

Parodiando al César, Lucette *"llegó, vió y venció"* en el hogar de los Van Austen.



Lucette halló fácil solución..

Así que le fué presentada Lucette, la madre de Ricardo puso de manifiesto su satisfacción, diciendo á su hijo:

—Nunca pensé que tú mostrarías tan equilibrado juicio. Yo misma, en tu lugar, también la habría escogido.

Tio Juan se hallaba cerca de Lucette cuando ésta, contrariada, se repetía para sí que la madre de su novio debía imaginarse que ella pertenecía á la buena sociedad americana. No pudo resistir más á la duda y le dijo á aquél:

—Me siento humillada, señor Juan, al tener que ocultar á la señora Van Austen, para conquistar su aprecio, mi condición de trabajadora. Por favor, haga que Ricardo me permita que se lo diga.

—Conviene, por ahora, seguir como desde el principio. Usted no ha sido presentada á mi cuñada más que bajo el nombre de Lucette, conocida por Ricardo durante la travesía de Francia á aquí, y prometida á él por mutua voluntad. No ha habido tiempo de indagar su origen; naturalmente eso ha de llegar de un momento al otro; quizá hoy; puede que mañana. Mi cuñada es una buena mujer; su único defecto consiste en su desatinado orgullo de su elevada posición; mas si, como lo voy observando, consigue usted interesar su corazón, habremos ganado una victoria para usted y para su felicidad con Ricardo.

—Gracias por sus consejos, señor Juan; los seguiré; y francamente le digo que me siento más fuerte teniéndole á usted cerca de mí; la simpatía que usted ha querido demostrarme desde ayer, al conocernos, me ha llenado de esperanza el corazón... Ricardo y yo se lo agradeceremos siempre.

La señora Stewenson había llegado ya con su esposo. La señora Van Austen llamó á Lu-

cette para presentarla, como futura nuera, á su distinguida amiga.

Lucette reconoció á la señora Stewenson, y con cara sonriente le tendió la mano:

—¿Cómo sigue usted desde ayer, señora Stewenson?

La aludida dama miró á Lucette con altivez tras los cristales de sus impertinentes y dirigiéndose á la señora Van Austen, la dijo con punzante ironía:



La aludida dama miró á Lucette con altivez...

—Deseo á su futura nuera se muestre tan afortunada en esposa como lo es en su oficio de modista de rango.

La desconsideración lastimó el alma de Lucette... ensanchándosele la herida á las palabras de la indignada madre de Ricardo:

—¡Oiga usted, advenediza! ¿Trataba de llevar hasta el fin la farsa de inclinar mi volun-

dad hacia usted?

La señora Stewenson y su esposo abandonaron el salón, pasando á otro. Tio Juan aprovechó esta circunstancia para hablar con su cuñada, mientras Ricardo trataba de dar á Lucette toda clase de satisfacciones.

—¡Culpa sólo á Ricardo y á mí de que Lucette no te dijera que vivía de su honrado trabajo; conocedores de tu petulancia y de tu necio orgullo, lo hemos impedido!

—¡Supongo, Juan, que habrás visto cómo se ha puesto la señora Stewenson! ¡No le vas á negar la razón que la asiste!

—Yo prescindo de la opinión de los demás cuando fengo la mía sobre una cosa. Tu opinión acerca de Lucette saltaba á la vista que no podía ser mejor... y yo aplaúdía tu justo proceder. Ahora has dado prueba de no tener juicio por tí misma... y eso, eso es impropio y censurable en tí.

—Sé perfectamente lo que hago, Juan; mi hijo merece otra cosa... Con tu permiso... voy á reunirme con mis amigos, que esperan...

Tio Juan fué al encuentro de Lucette y de Ricardo, y, apenado, dijo á la primera:

—Siento que mi cuñada la haya desairado; pero no renuncie por ello á Ricardo. Después de todo usted no va á casarse con la familia de él.

—¿Ha visto usted cómo he sido tratada?

—Lucette, usted es buena, usted es inteligente; el ser que reúne bondad é inteligencia sabe comprender, y sabe perdonar...

De vuelta á su hogar, Lucette halló en él á su pobre abuelo arrancando con su arco notas tristes á su violín. Estaba recordando á su amada esposa cuya muerte tan brusco cambio habia operado en su vida.

Lucette no quiso aumentar la amargura del anciano contándole lo que acababa de sucederle... ¿Para qué? Bastaba con que ella sola sufriera el dolor del desprecio.

La señora Van Austen, habiendo dado probablemente oídos á las indicaciones de la señora Stewenson, habló de nuevo con su cuñado acerca de Lucette.

—Tú eres rico y si prestaras á esa mujer alguna atención, salvarías á mi hijo. A pesar de



—Siento que mi cuñada la haya desairado...

todo lo que aparenta, no encontraría tu dinero despreciable.

—¡Pobre muchacha! ¿Qué os ha hecho Lucette para que la consideréis tan ligera?

—¿Qué dirías si se añadiera una "cualquiera" al árbol genealógico de los Van Austen? ¡Sería un sacrilegio!

—Permíteme, Mary: no me gusta recordarte que tú no eres desde tu origen una Van Austen...

Lucette, emocionada por la tristeza de su abuelo, le rodeó el cuello con sus amantes brazos, y le besó.

—¡Ah, mi Lucette!—exclamó el abuelo—Mira lo que hallé entre las reliquias sagradas... es el anillo de tu abuela, y de la madre de su madre antes que de ella... ¡Querida mía, una larga ascendencia de mujeres nobles y bellas... como tú!

La dura frase de la señora Van Austen "*¡Oiga usted, advenedizal!*", volvió á oírla imaginariamente Lucette, al recordar la nobleza de sus antepasados franceses. Y la contemplación de aquel anillo evocó la trágica historia de sus ascendientes expoliados cuando la implacable revolución ensangrentaba Francia. Entonces ser noble equivalía, sin distinción por ninguno, á ser enemigo del pueblo... Si ahora, á pesar del adelanto del progreso de la civilización, ser noble daba derecho á la pretensión de tenerse por superior á los demás hasta el extremo de la crueldad moral, las ideas humanas, en lugar de purificarse en el crisol de la justicia, se habían embotado odiosamente...

A la mañana siguiente, Ricardo fué á ver á Lucette á su establecimiento. Ella le comunicó:

—Su mamá, ya debe usted saberlo, me ha escrito. Y viene á resultar que: ¡el hombre propone... pero su mamá dispone!

—¿Quiere usted dejarme leer esa carta?

—Tómela; retenga su atención en la última frase... ¿La leyó usted?

—Sí.

—Ya lo sabe usted: "*...si él es bastante necio para casarse con usted, quedará desheredado, sin disponer de un solo céntimo de su patrimonio... Firmado: Mary Van Austen.*" Conque si nos casamos, no será rico. ¿Qué dice usted á ello?

—Mi madre escribió esta carta porque no se figura cuánto la quiero á usted...

—A mi entender, Ricardo, no habría que apurarse, si tal hiciera su madre, si lleváramos á cabo nuestro feliz proyecto. ¡Es mejor para un hombre no tener nada, que no hacer nada! Además... usted podría trabajar aquí conmigo.

Ya se imaginaba Ricardo estar en las coquetonas funciones del oficio que Lucette le había propuesto. En verdad, no era desagradable para él el tener que tratar con damas de todas de todas las categorías... porque el juego de damas era su flaco.

Vuelto á la realidad, Ricardo inclinó su preferencia hacia la vida cómoda y sin obligaciones que disfrutaba con la renta de su madre y la protección de tío Juan; de todos modos, como Lucette influía mucho en él, mantuvo aun su decisión de casarse con ella.

La señora Stewenson, que había aceptado de su amiga Van Austen el encargo de practicar indagaciones acerca de Lucette, fué á decirle que sabía que vivía encima de su tienda con un hombre que la guardaba...

—¡Un violinista, me dijeron!

—¿Cree usted este dato exacto, señora Stewenson?

—Estoy absolutamente segura de que es verdad cuanto la digo, porque mis amigas vieron ayer noche, desde la calle, y reflejada en los cristales biselados de un balcón, la silueta de un hombre tocando el violín.

—¡¡¡Oh!!!...

No suponía Lucette ser objeto de tanta calumnia por parte de damas nobles... Por el contrario, deseosa de poder decir un día á Ricardo: "*Suba usted á mi casa, hablará con mi abuelo... pero antes sepa que yo también soy noble y que le oculté mi origen para que se per-*

catase mejor ahora de que la nobleza ha de saberse ostentar sin usar de absurdas prerrogativas...", Lucette había escrito al Director de un sanatorio para saber si sería posible extirpar el funesto vicio de su abuelo, á fin de presentarlo á su novio mereciéndole el mayor respeto y consideración.

Tío Juan, tuvo otra discusión con su cuñada cuando ésta le enteró de las habladurías de las amigas de la señora Stewenson.

—A pesar de lo que hayan dicho, yo estoy seguro de que Lucette es una chica excelente, como pocas. Tengo la convicción de que es de buenos y sanos principios. Tan seguro estoy de ello, que lo probaré; trataré de conquistarla y jugaré la partida que me propones. Mas si sí pierdo, debes autorizar su matrimonio con Ricardo.

Y tío Juan invitó á Lucette á ir con él al día siguiente á la Opera.

Ese día, casualmente, Ricardo iba á recoger á Lucette para cenar juntos. Como el tío ya se hallaba en la tienda de Lucette, ésta, mirando á los dos Van Austen con franca sonrisa, les dijo:

—El uno me invita á cenar; el otro, á cenar también y á ir con él á la Opera... Acepto las dos invitaciones... cenaremos los tres juntos...

Así lo hicieron. Durante la cena, en un lujoso restaurant, Ricardo tuvo un importuno encuentro. ¡Doria, la fulanita abandonada, estaba allí, cenando, casi enfrente!

Por el camarero logró Doria enviarle un papelito á Ricardo, para amargarle la velada. Le decía en el manuscrito:

"¿Le está enseñando á usted la modista lecciones de esgrima... ó de boxeo?"

Ricardo comprendió lo que le había querido decir la astuta Doria, y al salir del restaurant,

aunque hubiera deseado acompañar á Lucette y su tío á la Opera, se separó de ellos para ir á visitar á Doria por primera vez desde su regreso, decidido á *"terminar con el viejo amor"*... Pero el *"viejo amor"* tuvo, como suele tener, tácticas de variados matices...

Las protestas de amor que Doria le hizo, hicieron olvidar á Ricardo, á lo menos aquella noche, su compromiso con Lucette... y divirtiéndose de lo lindo en un *cabaret-dansant*.

Tío Juan y Lucette, desde un palco, en la Opera, mecían sus espíritus en la armonía de melodiosas notas.

Tío Juan creyó llegado el momento oportuno de iniciar la conquista:

—¿En qué piensa usted cuando oye esta música?

—¡En flores de gratos perfumes y en cielos azules... en agua espejeante á la luz cegadora del sol,... en todas las bellas y puras cosas de la vida... y en todo el amor!

—¡Flores... luz de sol... La mayoría de las mujeres piensan en brillantes y vestidos; en todo aquello que satisface su vanidad...

—¡Cosas materiales que no halagan al corazón!...

Al terminarse la ópera, tío Juan ayudó á Lucette á colocarse el manto de *"soirée"* y aprovechó un momento de descuido de ella para besarla en el cuello.

Serena, mirándole más que con enfado, tristemente, Lucette le dijo:

—¡Su hermana me clasifica en la categoría de *"una cualquiera"* y usted me trata como á tall... Quisiera un *taxi*... mas permítame que me marche sin compañía.

Tío Juan estaba encantado de su derrota; se precipitó á comunicársela á su cuñada, que no estaba acostada todavía:

—He venido á decirte que he perdido... Así es que tú consentirás en su casamiento con Ricardo; de otro modo ni mi casa ni mis bienes estarán más á tu disposición. Es cosa que necesita una reparación inmediata.

Ricardo volvía poco después, y como su madre y su tío estaban hablando todavía, éste le notificó:

—Ricardo: tu madre autoriza tu casamiento con Lucette.

—¿De veras, mamá?

—Sí, Ricardo; y además del consentimiento irá mañana á desagraviar á Lucette. ¿No es así, Mary?

—Cumpliré mi palabra...

En efecto, á la mañana siguiente la señora Van Austen se reconcilió con Lucette, afortunadamente no rencorosa, y los periódicos de la noche publicaron este sensacional eco de sociedad:

“La señora Van Austen parece haber accedido á la boda de su hijo con la joven modista Lucette. En la noche del martes se dará un baile en su honor en el propio domicilio de los Van Austen.”

Para hacerse perdonar por Lucette, tío Juan le envió, el mismo martes, una valiosa cadena con un pendentif, y una tarjeta en que escribía:

“Acepte usted esta prueba de aprecio y respeto... y demuestre, luciéndola por la noche, que usted ha perdonado mis indiscreciones...”

Su futuro tío: JUAN VANA USTEN.”

También el mismo martes, Doria se enteró del proyectado casamiento de Ricardo, y puso en evidencia su perfidia yendo de compras á la tienda de la modista, su rival, solicitando la despachara ella misma:

—No necesito nada más; tomaré el abanico y escogeré un par de sombreros. Puede usted

cargarlos á Ricardo Van Austen.

Mujer de mucho juicio, Lucette se hizo cargo de la situación, y contuvo su despecho. Muy naturalmente, replicó á su cliente:

—Lo siento; pero no puedo cargar nada á ningún caballero sin orden suya por escrito.

—Si me permite telefonar...

—¡No faltaba más!...

—¡Oiga, Centrall... ¿Ricardo?... Estoy en casa de mi modista; he hecho compras; he dicho que te manden la factura... Nada más que un par de sombreros y un abanico... Ricardo mío... ¡Gracias! Oye, ¿quieres decir á la modista que la autorizas á pasarte la factura? Ahora se pondrá en el aparato...

Lucette, por burlona complicidad del destino, oyó ella misma la voz de Ricardo que revelaba su torcido proceder.

En lugar de escribir á Ricardo desahogando su justa indignación como había pensado, Lucette decidió con mejor acierto reprocharle personalmente su conducta haciéndole ver lo que él había perdido. Y se atavió con un riquísimo vestido para asistir á la fiesta de los Van Austen. Estaba tan deslumbrante de belleza que incluso su abuelito quedóse boquiabierto al verla y habló de ella, con un buen amigo suyo con quien se quedaba en el piso, esperándola, jugando á los naipes.

Apenas salida de su casa Lucette, su abuelo sacó una botella de una bebida alcohólica, cuyo contenido degustaron los dos hombres. Mientras esto hacían, al amigo le dio por hablar de los Van Austen á cuyos salones sabía iba... y por lo que iba Lucette, toda vez que por el abuelo estaba enterado, (Lucette no supo ocultárselo un día que él estaba en su completo equilibrio), de que Roberto Van Austen la



Se atavió con un riquísimo vestido...

pretendía por esposa. Empezó el amigo como sigue:

—Yo era un dependiente de los Van Austen en lejanos tiempos. No quiera usted saber amigo mío, qué historia la suya y qué sucesos fueron la base de su definitivo encumbramiento. Si se hubiera tratado de gente pobre, no habrían quedado impunes sus malas artes.

—Si yo pensara que los Van Austen no eran honrosa compañía para Lucette, iría por ella. Cuéntemelo usted todo...

Ya en casa de los Van Austen, Lucette se entrevistó á solas con tío Juan y le manifestó:

—Accediendo á sus indicaciones, y para demostrar que he perdonado á usted absolutamente, traigo la bonita cadena que me ha regalado; pero yo no puedo guardarla; no sería correcto Usted lo comprenderá más tarde.

—Lamento que no me aprecie lo suficiente para conservarla.

Acto seguido, viéndose con Ricardo, á solas también, le dió esta sorpresa:

—¡El anillo, su anillo de compromiso que le devuelvo, hará un juego sorprendente con el abanico que compró la señorita *Doria Charming*. Espero que será de su agrado.

—¿Qué significa esto Lucette?

—¿No reconoció usted mi voz por teléfono? La señorita Doria fué más lista que usted... y se lo agradezco infinito...

—Comprenda usted Lucette...

Varios invitados vinieron á interrumpir la discusión que rompía las relaciones y desligaba por completo á los dos del mutuo compromiso contraído voluntariamente.

La fiesta batía de pleno. El champañá, adorado en demasía por algunos, producía efectos reñidos con la estética y educación.

Un invitado, á quien su esposa dejó rezaga-

do entre las doradas bandejas de relucientes copas del excitante espumoso, abusó de su confianza y pronto lo vió todo muy confuso.

Tío Juan que no perdía de vista á Lucette, evitó, interponiéndose discretamente entre los dos, que el beodo abusara también de la prudencia de Lucette.

La señora Van Austen, quizá por disimular, elogiaba la distinción y el depurado espíritu de Lucette, su futura nuera.

De repente ocurrió algo trascendental; ¡el abuelo de Lucette hizo irrupción en la fiesta!

En todos los rostros se dibujó el asombro.

Lucette, tembló... ¡Su abuelo había bebido! ¿Qué espectáculo iba á dar allí?

—¿Quién es Ricardo Van Austen? preguntó.

—Yo soy —contestó el interpelado, acercándosele— ¿Quién sois vos?

—Después de las cosas que un amigo me refirió esta noche sobre el origen poco limpio de la familia de usted, no puedo permitir que mi nieta sea su esposa, y he venido para llevarla á casa.

—Quite, hombre. Probablemente se equivoca usted. No es posible que una nieta suya se encuentre en los salones de esta casa. ¡Lucette... fíjese usted en el tipo que se permite darle el nombre de nieta!

Lucette dirigió á Ricardo una mirada de odio y él adivinó.

—¡Ah, ya comprendo porque guardaba el secreto... del viejo torpe alcoholizado!

No pudiendo resistir más á los agravios que le hacían á su abuelo, y á ella misma, Lucette encaróse con Ricardo y mostrándole el borracho aristócrata que seguía bebiendo sin mesura, le observó:

—Fuera de los trajes de etiqueta ¿qué diferencia existe entre él y los contertulios de

vuestra aristocrática vivienda?

La contestación era merecida y justa. Tío Juan, interiormente, la apoyó.

El abuelo á la vista de su torpeza, trató de disimular que él no conocía á nadie de allí y que porque estaba mareado habia entrado al salón. Se expresó así:

—¡Era precisamente una broma estúpida que hubo de ocurrirseme! ¡A la encantadora



—¡Ah, ya comprendo ahora porque guardaba el secreto...

señorita y á la compañía distinguida, pido que se diguen perdonarme!

Hizo luego un gesto como para irse, mas Lucette le detuvo:

—No mientas por nosotros, abuelito!... ¡No me avergüenzo de tí! ¡Al contrario! ¡Estoy orgullosa de ser nieta tuya!

La escena, á pesar de ser desagradable, re-

sultó, por el final que Lucette le dió, muy sentida.

Para Ricardo no podía haber la más remota esperanza...

El abuelo de Lucette se marchó aflijido y maldiciendo de su vicio que le había hecho perder la cabeza...

Lucette, antes de salir de aquella casa en que tan mal se la trató, habló con tío Juan, que le salió al paso, como siempre que necesitaba apoyo, y le dijo:

—Perdone usted este enojoso incidente... y hágame el obsequio de despedirme de los invitados.

—¿Sabe usted, Lucette, que yo la admiro? Nadie como yo ha podido apreciar la grandeza de su alma y la rectitud de su conciencia... ¿Quiere ser mi esposa?

—¡Cómolo! ¡Usted!

—No era difícil el adivinarlo... Pruebas le di para que lo sospehase... ¿Qué me contesta?

—¡Ah, Juan, qué bueno es ser bueno!

—Usted es un ángel, mi buen ángel.

—Pues... si á usted le parece, déme otra vez la cadena... La ostentaré orgullosa como símbolo preciado de su amor...

—¡De nuestro amor!

—Sí, de nuestro amor!

Así, por la fuerza de las cosas, imán protector que las atrajo, fusionaron dos almas *verdaderamente nobles...*

El *verdadero amor* estaba de enhorabuena...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)